

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



**TRABAJO DE FIN DE GRADO EN ESPAÑOL: LENGUA Y
LITERATURA**

**VIDA, HISTORIA Y FICCIÓN EN *LA FORJA DE ARTURO*
BAREA**

AUTOR: M^aÁNGELES VELA GARCÍA

**TUTOR ACADÉMICO: JOSE RAMÓN GONZÁLEZ
GARCÍA**

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	3
2. BIOGRAFÍA.....	5
3. ¿AUTOBIOGRAFÍA, NOVELA O CRÓNICA?.....	10
4. ANÁLISIS DE <i>LA FORJA</i>	17
5. CONCLUSIÓN	31
6. BIBLIOGRAFÍA.....	32

INTRODUCCIÓN

En el presente trabajo voy a realizar una investigación sobre un escritor, a mi parecer, escasa e injustamente conocido del siglo XX, como es Arturo Barea. Para mi Barea era un escritor desconocido hasta que el profesor José Ramón González García me recomendó la lectura de *La forja de un rebelde* como posible obra para la realización de mi Trabajo Fin de Grado. El interés que despertó en mi esta, al parecer, sencilla obra autobiográfica junto a las muchas referencias históricas que presenta hizo que me decantara totalmente por ella.

Las asignaturas de Literatura española del siglo XX cursadas en el Grado de Español –y muy especialmente la impartida por la profesora Teresa Gómez Trueba-, hicieron que mi gusto por este tipo de literatura aumentara y pudiera descubrir las diversas tendencias y momentos en esta literatura. Como consecuencia de la Guerra Civil se produjo un gran cambio en muchos ámbitos de la vida de los españoles, y la literatura no quedó atrás. Entre otras muchas razones, porque un gran número de autores se vieron obligado a marcharse al exilio y tuvieron que iniciar –o reiniciar- su carrera en un contexto y en una circunstancias muy diferentes. Y Arturo Barea es uno de ellos.

Ha sido de gran interés par mí poder descubrir no solo a este autor, sino también la importancia de la literatura en la vida de las personas y también en la historia. Gracias a las palabras de Barea he podido adentrarme más en una época muy convulsa pero decisiva para la historia de España, como fueron los agitados años que preceden al estallido de la Guerra Civil. *La forja de un rebelde* ofrece al lector un excelente friso coral de la época a partir de las notas autobiográficas del autor, y es por ello que esta obra no debería pasar desapercibida.

Tomando como eje principal de la investigación la vida y la obra de Arturo Barea, en este trabajo, y tras resumir la biografía del autor, voy a exponer a continuación distintas cuestiones sobre la trilogía para terminar con un detallado análisis de *La forja*. Para ello, he recurrido a varios estudios y artículos, entre los que destacan el profesor Gregorio Torres Nebrera y el hispanista Nigel Townson. Para la realización del análisis de *La forja* me he apoyado especialmente en las utilísimas anotaciones de que el profesor Torres Nebrera incluye en su edición de la trilogía de la obra, publicad por Editorial Regional de Extremadura en su serie “Rescate” en el año 2009.

BIOGRAFÍA

Arturo Barea Ogazón nació el 20 de septiembre del año 1897 en Badajoz. Tras la repentina muerte de su padre cuando él sólo contaba con dos meses de vida, su familia se trasladó a Madrid. Su madre encontró trabajo como lavandera en el río Manzanares. Se puede decir que de niño Arturo vivió escindido entre dos mundos: durante la semana convivía con sus tíos, y al llegar el fin de semana corría a los brazos de su madre y sus hermanos. Sus tíos, José y Baldomera, eran un matrimonio sin hijos que contaban con una posición acomodada dentro de la sociedad madrileña de la época. Se encargaron de la educación de su sobrino mandándolo a estudiar a un colegio religioso. Por otra parte, su madre y sus hermanos vivían en una buhardilla en el barrio obrero del Avapiés.

Arturo ya desde muy joven soñaba con ser un prestigioso ingeniero y poder sacar a su madre de la pobreza, pero sus sueños se truncaron cuando tenía trece años debido a la muerte de su tío José. A partir de ese momento dejó el colegio y se adentró en el mundo laboral. Empezó trabajando como aprendiz en una bisutería, pero, tras un altercado con el propietario, lo dejó. Es entonces cuando decide estudiar contabilidad y presentarse a los exámenes que le permiten entrar en el banco Crédit Lyonnais en 1911, donde comenzó a trabajar como un simple mensajero sin sueldo y rápidamente fue ascendiendo hasta obtener una plaza como oficinista. Durante esta etapa laboral ingresó en la UGT.

Poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, Barea abandonó el banco, probó suerte en una oficina y también en una agencia de patentes antes de convertirse en agente comercial al servicio de un vendedor alemán de diamantes. Este último trabajo le permitió recorrer gran parte de España y también de Francia, además de poder ganar un sueldo admirable para un joven como él. Pero sus ingresos como comercial le hicieron sentir asco y vergüenza porque eran una forma de aprovecharse de las miserias de la guerra.

Un joven Barea de dieciocho años, gracias a sus ahorros y con la herencia de su tío José, montó su propia fábrica de juguetes. Durante este periodo Arturo Barea mantuvo enfrentamientos con la UGT. La fábrica de juguetes fracasó por un desfalco provocado por un familiar. Tras esta frustración, Barea encontró trabajo como secretario del administrador de la fábrica de aviones Hispano-Suiza. Este empleo hizo que de nuevo afloraran en él sus aspiraciones de convertirse en ingeniero, pero también descubrió la corrupción que envolvía a la industria que trabajaba para el ejército.

En 1920 entró en el ejército español y fue destinado a Marruecos, última colonia de España. Allí fue testigo de la gran corrupción e incompetencia que gobernaba la vida de los militares así como la gran pobreza del pueblo marroquí. En esta etapa de su vida, Barea conoció a muchos de los generales que más tarde, en 1936, se sublevarían contra la Segunda República. Esta etapa de vida militar dejó una profunda huella en Barea ya que fue allí donde contrajo la enfermedad del tífus, lo que contribuyó a su temprana muerte. Además fue testigo del Desastre de Annual en 1921 y como consecuencia de la derrota llegó a manifestar una crisis nerviosa que se alargaría más allá de la Guerra Civil. Barea dejó el ejército en 1924 como oficial de reserva y habiendo participado en ochenta y una operaciones. Durante su etapa militar no abandonó sus ambiciones literarias y llegó a enviar un cuento titulado “El moro ciego” al periódico *La libertad*, aunque no llegó a publicarse; es más, se le aconsejó que durante su estancia en el ejército no escribiera para un periódico “revolucionario” y que abandonara sus pretensiones literarias.

Tras dejar el ejército, Barea retomó su trabajo en el sector de las patentes. En el año 1924 se casó con Aurelia Grimaldos, y fruto de este matrimonio nacieron sus cuatro hijos. A pesar de esto su unión con Aurelia fue un fracaso. Con la llegada de la Segunda República en 1931 la vida de Barea cambiará completamente. Para su desgracia, en este mismo año muere su madre, el único punto de estabilidad emocional que le sujetaba, y como consecuencia, su relación con Aurelia se rompió completamente por lo que Barea se refugió en los brazos de María, su secretaria. Como consecuencia de la efervescencia política que se había generado en España, Arturo se incorporó de nuevo a la UGT para ayudar en la organización de los diferentes sindicatos.

El 18 de julio de 1936, día en el que estalló la Guerra Civil, Barea se involucró directamente con el fin de ayudar a la república, y se encargó de organizar la defensa de la Casa del Pueblo con el apoyo de la Juventud Socialista. Acto seguido participó en el asalto al Cuartel de la Montaña y preparó a los civiles para la lucha armada. En agosto de 1936 se incorporó a la Oficina de Prensa Extranjera del Ministerio del Estado como jefe de la censura de prensa. Su ayudante era una socialista rusa con una gran formación lingüística, ya que hablaba perfectamente cinco idiomas. Esta colaboradora se llamaba Ilsa Kulcsar, y a partir de su relación profesional Arturo y ella iniciaron un romance que duraría toda la vida.

La labor propagandística y de ayuda al régimen republicano continuó durante un buen tiempo. Barea ofrecía en la radio charlas de tendencia literaria y, por supuesto, también propagandística, como “La voz incógnita de Madrid”. En esta etapa de su vida, Barea cae en una crisis personal y política lo que le lleva a refugiarse en la literatura y vuelve de nuevo a escribir. En septiembre 1937 dimitió como jefe de censura por sus diferencias con el Partido Comunista y dos meses más tarde renunció a su trabajo en la emisora de radio.

Barea e Ilsa, que eran considerado como elementos sospechosos por los comunistas, abandonaron Madrid y llegaron a Barcelona. En la ciudad condal terminó su libro de cuentos *Valor y miedo*, publicado en 1938, antes de la llegada de los nacionales a la ciudad, por lo que no alcanzó una gran distribución ni tuvo gran éxito. Barea e Ilsa sabían que tenían que dejar España, y para ello Ilsa pidió ayuda a su marido Leopoldo, un agente muy influyente del Comitern. Tras la muerte repentina de Leopoldo, Ilsa y Arturo pudieron contraer matrimonio el 22 de febrero de 1938, concretamente una semana antes de abandonar España definitivamente.

Dejaron atrás Barcelona y llegaron a Francia. Allí encontraron miseria y hambre, y consiguieron sobrevivir unos meses gracias a la publicación de artículos ocasionales en distintos periódicos y alguna que otra traducción. En este clima de desesperación, Barea comenzó a escribir el borrador de *La forja*, su primera novela. En 1939 el matrimonio cambió de país en busca de esperanza y mejores condiciones de vida y se asentaron en Inglaterra, concretamente en el pueblo de Puckeridge. A pesar de encontrarse lejos de España su crisis nerviosa seguía atormentando a Barea. Era incapaz de dejar de pensar en los suyos, que se habían quedado en España, y a pesar de las dificultades económicas por las que estaba pasando en Inglaterra, se las arregló para seguir mandando dinero de forma regular a sus hijos hasta el año 1951.

Rápidamente Barea encontró en Inglaterra la paz y tranquilidad que buscaba, se aficionó a la vida inglesa y llegó a sentirse como un inglés más. En agosto de 1939, poco antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, Ilsa consiguió trabajo en el Servicio de Escucha del Gobierno británico en el municipio de Evesham, Worcestershire. Debido al trabajo de su mujer, ambos se trasladaron a Fladbury donde alquilaron una casa y convivieron con los padres de Ilsa, que habían huido de Austria, y con Margaret Rink, una compañera de trabajo de Ilsa. La casa de los Barea en Fladbury pronto se convirtió

en un lugar acogedor y en un punto de encuentro de amigos refugiados, académicos, escritores e intelectuales de diverso alcance. De lo que nunca pudieron deshacerse fue de las deudas que les acompañaron durante toda su vida como exiliados -durante años dependieron de los hermanos de Ilsa y también de sus amigos. A las dificultades económicas se le sumaron las constantes enfermedades de Ilsa, quien padecía fuertes gripes y catarros.

La situación financiera mejoró un poco gracias a que Arturo entró a trabajar para la sección de América Latina del Servicio Mundial de la BBC, con la que colaboró utilizando el apodo de “Juan de Castilla”. Durante la Segunda Guerra Mundial, las charlas que retransmitía para la BBC tenían un fin propagandístico: contrarrestar la influencia de los nazis en América Latina. El entusiasmo y dedicación con los que trabajaba Barea eran un claro síntoma de que disfrutaba de su papel de intérprete de la cultura británica. Gracias a este trabajo su fama como escritor aumentó considerablemente, sobre todo en Hispanoamérica.

Barea fue también reconocido como crítico literario gracias a su ensayo “Not Spain but Hemingway” publicado en la revista *Horizon*. En este trabajo cuestiona la visión de Hemingway sobre España y en concreto su interpretación de la Guerra Civil. En 1941 publicó *Struggle for the Spanish Soul*, donde quiere ofrecer una visión de la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias desde una perspectiva de izquierdas. Pero realmente Barea adquirió una gran fama en 1941, no por la publicación de *Struggle*, sino por la publicación en ese mismo año de *La forja*, obra autobiográfica que constituye la primera parte de lo que será su famosa trilogía *La forja de un rebelde*. En 1943 salió a la luz la segunda parte, titulada *La ruta* y, finalmente, en 1946 la tercera parte que pone fin a la trilogía bajo el título de *La llama*. La obra completa no se publicaría en España hasta 1978, y la traducción al español fue realizada por su esposa Ilsa.

Gracias a Ilsa, Barea encontró la estabilidad, la inspiración y, por decirlo así, los medios necesarios y suficientes para poder dedicarse a escribir. Ella fue un personaje clave y esperanzador para el escritor. Además de su mujer, Barea encontró tal estabilidad y paz en Inglaterra, que en 1948 adquirió la nacionalidad británica. En 1944 publicó *Lorca, the Poet and his People*, con el propósito de dar a conocer al poeta andaluz y también a su generación a través de su literatura. Pero el afán de denuncia de Barea no desistió y en 1945 publicó un folleto titulado *Spain in the Post War World*, donde abogaba

por el derrocamiento del régimen franquista. Años más tarde, Barea continuó dedicándose a la crítica literaria y esta vez escribió sobre Unamuno, aunque este trabajo no tuvo tanto éxito como el de Lorca y muchos críticos consideran que carece de profundidad. A pesar de todo, se reconoce a Arturo Barea como un crítico original e innovador, a pesar de no poseer una educación universitaria y su educación era limitada y autodidacta. A pesar de esta valoración positiva, su obra crítica está hoy en día prácticamente olvidada.

Algunas pruebas de su reconocimiento como escritor fueron la campaña a favor de que se le concediese el Premio Nobel, liderada por un grupo de intelectuales daneses –iniciativa que fue rechazada por Barea-, la invitación a la Universidad de Pensilvania como profesor visitante durante un semestre, y las varias conferencias sobre la literatura española de los siglos XIX y XX que impartió en Pittsburgh durante un periodo de seis meses a lo largo del año 1952.

En 1951 Barea publica *La raíz rota*, su segunda novela después de *La forja de un rebelde*, donde se describe el desarraigo de un exiliado que regresa a su país tras haber estado en el exilio, y se retrata, bajo un prisma oscuro y desesperanzador, la España de los años cuarenta. En ese mismo año empezó a escribir otra novela bajo el título *His Brother's Keeper*, donde se centra en tres generaciones de la misma familia de Madrid, aunque no llegó a terminarla. Barea siguió escribiendo cuentos hasta su muerte, algunos de estos son “Las tijeras”, “El centro de la pista”, “Física aplicada” o “La lección”. Debido al enorme éxito de su trabajo en la BBC, en 1956 realizó un viaje por Argentina, Chile y Uruguay dando conferencias y entrevistas.

Arturo Barea no regresó nunca a España tras su partida y vivió de forma fija en Inglaterra hasta su muerte por un infarto cardiaco el 24 de diciembre de 1957, aunque la autopsia reveló que su espina dorsal estaba invadida de cáncer. Sus cenizas descansan en el jardín de Middle Lodge.

¿AUTOBIOGRAFÍA, NOVELA O CRÓNICA?

La forja de un rebelde fue escrita durante el exilio londinense de Barea. Desde allí, el autor, a partir de sus vivencias y recuerdos personales, reconstruye tanto su infancia personal como el clima social que se vivió en España desde los primeros años del siglo XX hasta 1938, abordando en la obra la historia de su vida, desde su infancia y juventud hasta su etapa adulta. Al pertenecer al grueso de la literatura escrita y publicada durante el exilio republicano, aparecen características comunes a las de otros autores, como por ejemplo el sentimiento de nostalgia que habita en estos escritores, y, a su vez, apreciamos en ellos la labor de resistencia contra los discursos hegemónicos que despliegan quienes permanecen lejos de su país de una forma forzada.

A partir de este punto, vamos a centrarnos únicamente en la primera parte de *La forja de un rebelde*, titulada precisamente *La forja*. Dicha obra fue publicada en Londres en 1941 por la editorial Faber and Faber. Respecto al significativo título elegido por Barea para dar nombre a la que será su autobiografía novelesca, Torres Nebrera sostiene, en el estudio que precede la ejemplar reedición de la obra que manejamos, que vendría a implicar

la conformación de las condiciones innatas del individuo por la incidencia de factores externos que van golpeando y construyendo un carácter y una personalidad, como el mazo moldea el hierro en el yunque de la fragua, lo va forjando al capricho o a la decisión del herrero. (*La forja* 38)

Ante esto no puede resultar extraño el hecho de encontrarnos en la obra la figura de un tío herrero, personaje que encarna y simboliza la idea central que el texto quiere trasladar; es decir, esta obra expone la forja de un individuo en medio de la colectividad. Para lo que el mismo Barea confiesa:

comencé a escribir un libro sobre el mundo de mi niñez y juventud. [...] Pero me encontré escribiendo demasiadas declaraciones y reflexiones, que creía necesario suprimir porque no brotaban de mi propia experiencia ni de mi propio ser. Traté de limpiar la pizarra de mi mente, dejándola vacía de todo razonamiento, y tratar de retroceder a mis orígenes, a las cosas que había olido, visto, palpado y sentido, y cuáles de estas cosas me habían forjado con su impacto. (*La forja* 45)

De esta forma, cuando nos disponemos a leer *La forja de un rebelde*, tenemos que tener en cuenta ciertos aspectos que caracterizan especialmente la obra y, por lo tanto, tenemos que aceptar que nos enfrentamos a un texto complejo, cuyo estatuto es, en el mejor de los casos, curioso. ¿Por qué decimos que se trata una obra singular? Pues es que aunque a simple vista parezca una novela autobiográfica más, no lo es, o mejor dicho, no es solamente una simple autobiografía más. Lo peculiar y extraordinario de la trilogía de Barea es que en ella se entrelazan tres componentes diferentes que no siempre resulta fácil diferenciar. Estos componentes que se funden en el texto son, por una parte, el elemento novelístico, el autobiográfico y, por último, el de crónica histórica y social de una época muy concreta del pasado español.

Como bien sostiene Gregorio Torres Nebrera en la introducción a la trilogía y al primer volumen gran parte del éxito de esta obra, y de las dos restantes que conforman el conjunto, reside en su franco y cálido autobiografismo. Como el propio autor reconoce:

En *La forja* traté de recrear el mundo de mi niñez en Madrid y algunos pueblecitos de Castilla la Nueva, y por lo tanto hubo que llamarlo autobiografía [...] Es cierto – y en esto consiste el carácter autobiográfico de lo que escrito- que tanto *La forja* como en *La ruta* he tratado de registrar la vida tal como la he visto, vivido e intuido entonces, y registrar al mismo tiempo la historia de mi adaptación a aquella vida. (*La forja* 45)

Estas reflexiones le llevan a decantarse por el uso de la primera persona narrativa, pero estableciendo una distancia entre el personaje (niño) que vive –y que aparentemente narra- y el autor, ya mayor, que aborda esa reconstrucción. Barea entiende la literatura como un método introspectivo que sirve para conocerse a uno mismo.

Arturo asegura:

empecé con mi autobiografía porque pensaba que aprendería a entender a los demás si me investigaba a mí mismo sin piedad. Además me parecía la ruta más directa para penetrar debajo de la superficie de las impresiones. (*La forja* 124)

El joven Barea pasa su infancia a caballo entre el barrio popular de Lavapiés y el de la burguesía de Palacio. En ese entorno Barea fue madurando y adquiriendo un carácter comprometido, y es claramente esta doble vida la que va a ir forjando al autor y va a ser lo que va a primar en la primera parte de la trilogía. Su vida entre estos dos mundos tan distintos van a hacer que Barea se acostumbre a vivir en una situación social intermedia, a igual distancia de la clase trabajadora -a la que pertenecían su madre y sus hermanos- y de la clase burguesa y católica, a la que pertenecía sus tíos y en cuyos valores le habían educado. Arturo Barea va a verse condicionado por un sentimiento de desarraigo y de ambigüedad social que va a ir creciendo a lo largo de su vida.

De niño, el mismo Barea reconoce que fue un lector frenético, y ya entonces surgió en él el doble placer de la escritura y de la lectura. Alguna que otra vez participó en la revista del colegio dando a conocer sus primeros cuentos y poemas, pero siempre ciñéndose a la temática religiosa y dogmática de la institución e enseñanza, al igual que mostrando el respeto y obediencia propio de un niño de su edad. Aunque, en realidad, se podría afirmar que su verdadera vocación literaria se afirmó aproximadamente a los dieciséis años y de la mano de Alfredo Cabanillas, un muchacho dos años mayor que él y que al estallar la revolución paso a ser el redactor jefe del famoso periódico *Heraldo de Madrid*. No obstante, la vida literaria en Madrid para dos jóvenes inexpertos era muy complicada, pues tenían que recorrer un largo camino de vicisitudes para que algunas de sus obras aparecieran publicadas en la prensa. Ante las dificultades por abrirse camino en el mundo literario, Arturo Barea abandonó sus pretensiones literarias. A pesar de algún que otro intento de escribir que durante años posteriores, fue realmente cuando ya se encuentra fuera de España, concretamente en el exilio parisino, cuando Barea concibe la literatura como un refugio y un instrumento. Como él mismo apuntaba, “escribir para mí era parte de la lucha” (II, X).

Como apoyan Javier Sánchez Zapatero y Jesús Guzmán Mora¹ la trilogía *La forja de un rebelde* trasciende lo meramente autobiográfico y personal para convertirse en un fresco histórico coral que describe el ambiente social y humano del país. Para el catedrático Manuel Alberca, *La forja de un rebelde* se inscribe en la categoría de “novelas del yo” donde las narraciones mantienen una relación ambigua con respecto a lo real y a

¹ “Guerra, compromiso y amor: de *La llama* de Arturo Barea a *La noche de los tiempos* de Antonio Muñoz Molina”, Javier Sánchez Zapatero, Jesús Guzmán Mora, Universidad de Salamanca

lo vivido (2007:61). Volviendo a retomar el artículo de Javier Sánchez Zapatero y Jesús Guzmán Mora, la imposibilidad de considerar la obra de Barea únicamente dentro del género autobiográfico radica en su compleja recepción. Para el propio Arturo Barea la obra es algo más que una obra autobiográfica, concretamente él mismo lo entiende como un “libro de memorias, por retratar más lo colectivo que lo individual”²

En cambio, si atendemos a los paratextos puede resultar llamativo el hecho de que la obra se presente bajo la denominación de novela siendo una autobiografía, ya que son etiquetas aparentemente incompatibles. En la primera edición en castellano de 1951 realizada por la editorial argentina Losada, la obra se incluye en la colección titulada “Los grandes novelistas de nuestra época”. Es más, dentro de los ámbitos académicos se incluye a Arturo Barea en el grupo de novelistas del exilio, junto a Ramón J. Sender, Max Aub o Manuel Andújar. Sin embargo, si partimos del hecho de considerar la obra como autobiografía y también como una narración ficcional, esto nos permite entender el por qué no se llega a deslegitimar la obra si se incluye con algún dato inexacto o ficticio, puesto que, de otra forma, esto sería intolerable dentro del género biográfico.

Ahora bien, no debemos que olvidar que dentro del componente novelístico entra en juego la categoría de lo histórico. Según la definición de narrativa histórica del crítico literario Georg Lukás este tipo de narrativa está basada en “la reproducción literaria de las necesidades históricas, [ante las que] poco importa que algunos hechos o detalles no correspondan con la verdad histórica” (1971: 66). Es cierto que algunos de los acontecimientos y hechos que se narran en *La forja de un rebelde* son ligeramente alterados para favorecer el desarrollo de la historia pero esto no resta valor verídico a lo narrado.

Para Teresa Herrera de la Muela el hibridismo propio de *La forja de un rebelde*, que conjuga novela, crónica y biografía, hizo que la obra pasara desapercibida y que no encontrara un lugar propio en el compartimentado mercado editorial de la posguerra. Aún así Arturo Barea fue un autor muy conocido y de los autores españoles más publicados durante la posguerra³.

² Barea cit. en de Villena, 2001:5.

³ Herrera de la Muela, Teresa, “Un plato demasiado crudo: epistemología y guerra en *La forja de un rebelde* de Arturo Barea”.

Desde el punto de vista de la crónica, esta obra adquiere una gran importancia por el fiel y detallado panorama histórico que ofrece sobre la vida política y privada España, lo que permite al lector extraer sus propias conclusiones sobre lo que fue y cómo se vivió en la antesala a la guerra civil. Como afirma Torres Nebrera:

Barea vive en la España que empieza a rumiar la conciencia del fracaso de su ser histórico, y la acompaña, dando tumbos, hasta el derribo sangriento y definitivo de la cruentísima Guerra Civil. (*La forja* 47)

En su defensa, Arturo Barea se justifica diciendo:

Yo he escrito una trilogía en la que he presentado lo que yo entendía que era la raíz del desastre español en mi generación, tal como mi generación lo había visto, tal como la vida de España se había desarrollado de 1900 a 1936. (Townson, *Palabras recobradas* 212)

Según Kern L. Lunsford, en su tesis doctoral titulada “*La forja de un rebelde*” de Arturo Barea: *relato autobiográfico de las causas de la guerra civil* (1990), conviene asumir el análisis de toda la trilogía como debe hacerse el balance de cualquier conjunto o serie de relatos históricos: enfocándolos permanentemente desde la combinación dialéctica de historia/literatura, verdad/ ficción, y sus continuas interrelaciones, especialmente sensibles cuando la intervención se torna testimonio verazmente autobiográfico. En este sentido de la subjetividad de la focalización de los hechos, el crítico Juan Luis Alborg matizó que:

La visión de la historia de España que nos ofrece Arturo Barea está, obviamente, condicionada por su propio estilo y su peculiar punto de mira; es decir, los hechos políticos- sociales que nos cuenta no son una realidad objetiva- o pretendidamente objetiva-, sino la realidad tal como él la ha visto, sufrido e interpretado: tal como se ha insertado en su vivir. (Hora actual de la novela española, v. II, 215-216).

Ante el aspecto histórico de la obra, *La forja* se sitúa en unas coordenadas espaciales y temporales muy determinadas: la ciudad de Madrid y pueblos castellanos de alrededor durante el periodo comprendido entre 1907 y 1914, un periodo de siete años

que van desde los diez hasta los diecisiete años del protagonista. A pesar de la importancia de la historia en toda la trilogía, podemos afirmar que *La forja* sería el libro menos documentado de todos y donde hay un predominio del matiz poético y narrativo en muchos de sus pasajes, adaptándose así al término novela. ¿Por qué decimos que es la obra que más se ajusta al patrón de la novela? Porque en ella se van a narrar episodios bastante personales de la vida de Barea que, a diferencia de *La ruta* y *La llama*, no son comunes a una colectividad, ni, como tal, fácilmente contrastables con los testimonios históricos.

La forja presenta una división en dos partes, cada una a su vez en diez capítulos. Esta clara división corresponde con un hecho que marca duramente la vida de Barea, como es la repentina muerte de su tío José debido a una angina de pecho. Su tío José era la figura paterna de referencia, además de su protector. Por lo tanto, a partir de esta pérdida, el comportamiento del protagonista va a cambiar, va a dejar de sentirse niño para empezar a preocuparse por su vida y futuro, es decir, empieza a madurar prematuramente: “Han dejado de tratarme como un niño, pero ninguno quiere tratarme como hombre” (II, iii).

Siguiendo otra vez a Gregorio Torres Nebrera, Arturo Barea se siente deudor de los conocimientos que ha ido recibiendo de su entorno, de las diferentes situaciones y personas que han dejado huella en él, pero, contradictoriamente, no por los buenos consejos o intenciones didácticas, sino por lo que le han ido ocultando: ese es el secreto de la vida que el joven Barea intenta aprehender por debajo de la corteza de las apariencias. Barea quiso reconstruir el retablo de una época, de un conjunto de españoles que reunidos bajo su persona y la focalización de sus recuerdos, se nos presentan como los agentes intrahistóricos de un proceso histórico clave en la primera mitad del XX.

Durante la primera parte de *La forja* va a imperar un tono cándido e infantil que va a ir evolucionando a medida que el protagonista se va forjando y madurando personalmente. Un Arturo Barea niño nos va a guiar por los distintos ambientes del Madrid de la Restauración: la zona burguesa de la Plaza de la Ópera y del Palacio Real, pero también los suburbios del proletariado donde se encuentra la popular Plaza de Lavapiés, las corralas donde viven su madre y sus hermanos o las orillas del río Manzanares, donde su madre desempeña el oficio de lavandera. Pero este recorrido no se

queda solo en Madrid capital, sino que también nos ofrece un amplio panorama de la España rural de principios de siglo a través de distintos pueblos como Brunete (Madrid), Métrida (Toledo) y Navacarnero (Madrid). Acompañados todos estos por personajes variopintos y pintorescos. El costumbrismo está muy presente en *La forja* hasta el punto de que los hechos más cotidianos se elevan a la categoría de emblemas. Para Torres Nebrera:

el personaje nos va llevando de la mano de su selectiva memoria, por tiempos, lugares y personas que forman un excelente friso de la España de la Restauración y del desencanto surgido de la ruina colonial. (*La forja* 47)

ANÁLISIS DE *LA FORJA* DE ARTURO BAREA

Para finalizar con el estudio de la primera parte de la trilogía, vamos a realizar un detallado análisis y recorrido por la obra diferenciando, en la medida de lo posible, la parte histórica y la parte biográfica de la obra.

Que la obra posee un contenido autobiográfico es innegable, y esto lo vemos reflejado en muchos de los capítulos y no pasa desapercibidos para los ojos del lector. Uno de los datos más claros es la profesión de su madre, Leonor, pues se dedicaba a lavar ropas en el río Manzanares. Dicha profesión era habitual entre las mujeres de la época, y estas se dividían en dos tipos de lavanderas, unas las que hacían la colada en el río y las que trabajan en la ronda de Atocha, donde se lavaba la ropa en pilas de cemento. Actualmente en los lavaderos de Atocha se levanta la Escuela Universitaria de Ingeniería Técnica.

La madre de Arturo bajaba al río, en la zona ubicada cerca del Puente del Rey, puente que se construyó a principios del XIX y que une la Casa de Campo con la Glorieta de San Vicente. En el momento temporal de la novela este puente se encontraba a las afueras de Madrid. Arturo lo recuerda muy bien ya que allí también bajaban los hijos de las lavanderas a jugar además de ayudar en la distribución y organización de la ropa limpia.

La carrera de autos París-Madrid, famosa carrera de automóviles del siglo XX, Barea la introduce en la novela haciendo alusión a que los niños imitaban dicha carrera con carretillas de llevar ropa en la pradera de la Virgen del Puerto, y con un auto fabricado con un cajón, cuatro ruedas y una guía con una cuerda, los niños del barrio que bajan por la calle Lepanto. El propio Barea relata que él mismo fue testigo de la célebre carrera, aunque no haya concordancia temporal, por lo que el autor estaría más bien aludiendo a posteriores ediciones de la misma carrera, por ejemplo la de 1912 o la de 1913, donde sí tuvieron como punto de meta la capital española. En 1903 se celebró la primera edición de la carrera automovilística París-Madrid, y entre los corredores destacaron Jarrott, Renault, Fournier, Wener, Rolls, entre otros muchos. Esta quedó suspendida en Burdeos debido a la gran cantidad de accidentes y muertes ocasionadas en el trayecto.

Continuando con las vivencias adquiridas gracias a la profesión y vida de su madre, nos presenta la buhardilla, situada en la calle Urosas, sobre unas cocheras. No tenían agua y tenían que bajar a por ella a las cocheras. Las condiciones de vida en la buhardilla eran paupérrimas pero a pesar de eso los vecinos formaban parte también de su familia.

Otro de los acontecimientos históricos que menciona para situar a uno de los amigos de su tío José, un general que estuvo en Filipinas, fue la guerra entre los rusos y japoneses que se desencadenó en 1904 debido a las ambiciones imperialistas de ambos y que tuvo como resultado la victoria de los japoneses. Dando muestras de la inocencia de un niño alude al Capitán Petroff, personaje popular de una colección de comics de aventuras, como capitán real de Rusia.

Una vez más, bajo la mirada de aquel niño que fue, nos presenta el Viaducto de la calle Segovia, puente fabricado en hierro siguiendo la moda de otros edificios europeos como la Torre Eiffel. La Torre Eiffel, obra del ingeniero francés Gustave Eiffel con motivo de la Exposición Universal de Paris de 1889, la conoce nuestro autor gracias a la popular revista de finales del siglo XIX titulada *La ilustración Española y Americana*, en la cual aparece un reportaje sobre la torre francesa, concretamente en el número quince, de diciembre de 1886, y posteriormente en julio de 1889. El viaducto fue un monumento con cierta fama en la época ya que fue el escenario de gran cantidad de suicidios. Es realmente curioso lo que sucedió el 28 de diciembre de 1905 con motivo del día de los inocentes, pues aparece en la cuarta página del diario *ABC* una fotografía de un puente, de gran similitud con el viaducto madrileño, roto por la mitad bajo el titular “La catástrofe de esta madrugada”. Como también relata Barea, mucha gente acudió a la zona afectada para ver el derrumbe pensando que era cierto y al darse cuenta de la inocentada gastada por el diario se enfadaron seriamente.

El falso derrumbe del Viaducto de la calle Segovia no era la primera noticia que se tenía de esta índole, pues eran muchos los que creían en el fin del mundo debido al cambio de siglo y vieron justificados sus temores con una serie de desastres por todo el mundo. Barea menciona que cuando el 27 de junio de 1902 estalló el polvorín de Carabanchel era todavía muy niño y su madre lo sacó en brazos de la buhardilla porque no sabían que pasaba. Años atrás, se había producido la explosión del vapor Cabo

Machichaco, atracado en el puerto de Santander, el cual transportaba medio centenar de toneladas de dinamita y ácido sulfúrico. El 11 de febrero de 1896 se produjo la caída de un gran bólido cerca de Madrid, meteorito que paseó su estela desde Moncloa a Vallecas y explotó a unos 30 kilómetros de altura dejando caer varios fragmentos de pequeño tamaño, uno de los cuales se puede encontrar en el Museo Nacional de Ciencias Naturales. En 1906 tuvo lugar la erupción del Vesubio en Nápoles y el terremoto de San Francisco, California, seguido de un voraz incendio que constituyó el más importante y grave siniestro ocurrido en EEUU hasta el derribo terrorista de las Torres Gemelas. El 28 de diciembre de 1908 un maremoto devastó el Estrecho de Messina, en el sur de Italia. En 1910 fue avistado el paso del cometa Halley siendo el mejor cometa documentado en los archivos astronómicos. La mencionada documentación que aparece en *La forja* le sirve a Barea para situar al lector tanto en el tiempo como en el espacio en el que se narra.

Más adelante iré mencionando más detalles de la influencia de Leonor en Arturo, pero Barea también pasó gran parte de su infancia en casa de sus tíos José y Bladomera y esta vida de “señorito” dejó igualmente huella en él. Según el mismo cuenta, cuando está en casa de sus tíos se pasa el día rezando: misa antes de que comiencen las clases, rezo al entrar y salir de clase, y por la tarde se ve obligado acompañar a su tía al rosario. Por la noche antes de acostarse vuelve a rezar. Gracias a sus tíos puede vestir como un señorito con cuello almidonado, chalina de seda, blusita de marinero y zapatos de charol. Así vestido acompaña a sus tíos a la tertulia que tiene lugar en el Café Español. Allí se juntan con arquitectos, el director de la banda municipal de Madrid, el párroco de la iglesia, músicos y otros burgueses. El Café Español estuvo ubicado en la misma plaza de Isabel II, frente al Teatro Real, y allí era fácil encontrarse con Antonio Machado, el actor Ricardo Calvo o la tertulia del maestro Villa.

El *Heraldo* de Madrid era un famoso periódico que era repartido por niños pobres que recorrían las calles y las criadas salían al portal a recogerlo mientras que los clientes fijos esperaban el periódico en sus casas.

Le resulta llamativo como en la calle Arenal se han remplazado los antiguos faroles por un nuevo sistema de iluminación por incandescencia que empiezan a utilizarse en torno a 1892.

Acompañado de su tío José, Arturo es testigo del despliegue y desfile de la guardia real que tiene lugar en la plaza de la armería, frente al Palacio Real, ritual que se sigue celebrando todos los miércoles al mediodía. Los soldados, vestidos de gala, atraviesan la plaza a paso lento y siguiendo un estricto orden, siendo primero los de infantería, tras ellos los tambores y cornetas con el jefe a caballo y por último la caballería y los cañones. Enfrente los soldados que salen, las banderas se reverencian y los jefes se saludan.

Barea repartía sus vacaciones estivales entre tres pueblos cercanos a Madrid, Brunete (Madrid), Métrida (Toledo) y Navacarnero (Madrid). Estas tres localidades fueron, en su momento, famosas por algo. Brunete, pueblo de los tíos y del padre de Barea, quedó completamente destruido durante la Guerra Civil; Métrida, pueblo materno, producía apreciados vinos; y Navacarnero, dónde vivía su abuela paterna, es también conocida por sus vinos y por sus monumentos arquitectónicos como la iglesia parroquial donde se mezclan el estilo gótico tardío y el mudéjar, además de añadidos renacentistas, o la plaza central.

El trayecto de Madrid hacia Brunete se hacía, como las diligencias antiguas, en coche tirado por mulas. Delante iban el cochero y el mozo de mulas, detrás el coche con capacidad para ocho personas. Los niños pagaban la mitad y no tenían derecho a sentarse, arriba se llevaban los equipajes. El punto de partida de los coches a los pueblos limítrofes de Madrid se encontraba en la conocida calle de la Cava Baja en el barrio de la Latina, calle del siglo XVII enquistada en la ciudad, que comienza en la plaza de Puerta Cerrada, donde se encuentra una cruz de piedra, la cual se levantó, según dice la tradición, en memoria de los miles que allí fueron ahorcados en la Edad Media. Termina en la plaza de la morería, entre varias cárceles del santo oficio y el antiguo patíbulo de la Cebada, dónde se practicaba la quema de herejes y el ahorcamiento de hombres célebres como el general Rafael del Riego en 1823. A lo largo de la Cava Baja hay un gran número de posadas y tabernas. Además allí se podían encontrar todas las industrias que surtían a los pueblos, como bien describe Barea: el almacén de hierro, el fabricante de harneros, el tonelero, el pastelero, el comerciante de cuadros y marcos, la tienda de loza, el botero, el cordelero, el talabartero, el tendero o el lencero. La Cava Baja representaba un mundo de risas y llantos por las despedidas, pero también de respeto y miedo cuando se pasaba por el portón de piedra de la casa del Santo Oficio, número 14 de la calle Torija, y en cuya

fachada puede leerse la siguiente leyenda “Exurge Domine et judica causam tuam” (Álzate Dios y juzga tu causa).

Arturo llegaba todos los veranos a la Cava Baja dispuesto a coger un coche que le llevaría a Brunete. Según relata, los viajes eran de varias horas a pesar de la corta distancia, y resultaban muy pesados. Otro punto de contextualización fue traer a colación la construcción de una estatua dedicada al alcalde de Móstoles debido al centenario de la Guerra de la independencia. En realidad fueron dos alcaldes, Andrés Torrejón y Simón Hernández, los que firmaron el bando con el fin de alzar a los españoles contra las tropas napoleónicas, que decía: “La patria está en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia francesa. Españoles acudid a salvarla. Móstoles 2 de mayo de 1808”. Otros personajes históricos que se enfrentaron a Napoleón y que son mencionados en el discurso de Barea son Luis Daoiz (1767-1808) y Pedro Velarde (1779-1808), los dos oficiales de artillería; o la valiente Agustina de Aragón (1786-1857), quién animó a los hombres e hizo retroceder a los enemigos gracias a un cañón durante el asedio de Zaragoza; sin olvidarse de la decisiva Batalla de Bailén, que supuso la primera derrota del ejército francés en suelo español en 1808; y la Batalla de los Arapiles en 1812 comandada por el mariscal inglés Wellington.

Las descripciones de los tres entornos rurales en los que pasa el verano son totalmente distintas. Su primera parada es Brunete, situado en una llanura seca, sin árboles y sin agua, dónde sólo crece el trigo, la cebada, los garbanzos y la algarroba. No hay verduras y la única fruta que puede encontrarse son las uvas de parra, que no pueden comerse en verano; la variedad de pescado también era muy restringida -sólo se encontraban unas sardinas resacas y bacalao-; en cuanto a carnes era típico el cordero y la carne de la matanza conservada en adobo y curada al humo. Una comida diaria constaría de una cebolla con pan por las mañanas, gazpacho al mediodía y la olla de garbanzos y tocino por la noche.

A través de la historia de su tío José, Arturo nos cuenta como era la vida de dura en un pueblo como Brunete. Su tío se fue de quinto y en el cuartel aprendió a leer y a escribir y llegó a ser sargento y se colocó en el Ministerio de Guerra, mientras que sus hermanos se casaron y, junto a sus mujeres, se encargaron de la labranza. Empezó a ahorrar dinero y se lo prestó a sus hermanos, que ya no tendrían que pedirle prestado al

usurero del pueblo. Haciendo referencia al usurero, Barea nombra a don Luis Bahía, personaje al que tras su muerte siguió un rudísimo pleito en España por impugnación de su testamento, en el que legaba más de treinta millones a la Compañía de Jesús; este no fue el único escándalo relacionado con la Compañía de Jesús ni su forma de captar fortunas, lo que vino a aumentar el odio popular a la congregación jesuita, a la que más adelante el propio Arturo rechazará por querer apoderarse de la fortuna de sus tíos.

Brunete es un pueblo aburrido que solo se divierte en fiestas. En la plaza se establecen los feriantes con puestos de cosas de perra gorda, alumbrados con farolillos de aceite o velas, y lo que no venden lo rifan al final a perra chica. Las monedas de diez y cinco céntimos eran llamadas popularmente perra grande y perra chica y deben este nombre a la confusión de creer que el león grabado en su reverso era un perro.

Lo que de verdad les gustaba a las gente de Brunete eran los toros. Arturo nos describe como eran estas fiestas. La plaza es casi cuadrada con una farola en medio sobre un pedestal de piedra y la cierran con carros atados con cuerdas, mientras que en el corral del carnicero se encierran los toros. La fiesta comienza con el toro del aguardiente, que se suelta al amanecer. Por la tarde los jóvenes torear los novillos y finalmente el toro de muerte, que se enfrentará a aprendices de torero de diecisiete o dieciocho años. Arturo y sus tíos ven los espectáculos desde el balcón del ayuntamiento junto autoridades como el alcalde, el médico, el boticario y el cura. Cuando se acaban los toros se baila y se bebe.

La segunda parada de nuestro autor es Métrida, situada en un valle con arroyo, por lo tanto podemos encontrar gran variedad de árboles y huertas, además de las bodegas en los cerros que rodean el pueblo, porque Métrida es la tierra del vino. Además hay animales de caza como el conejo o la perdiz, y en el río se pueden pescar peces y anguilas, además del pescado que viaja en tren desde Madrid. A Arturo le gusta Métrida y lo refleja a lo largo del capítulo, además allí vive el tío Luis, el herrero, personaje clave de la obra que va a influir directamente en Barea como ya he comentado anteriormente. El hombre maduro que es Barea hace que el niño Arturo se sienta atraído por la profesión del herrero y maravillado de la forja de lo que parece imposible de enderezar o curvar.

El día de la virgen Nuestra Señora de la Natividad es celebrada y sacada en procesión el veinticinco de abril. Según la milagrosa tradición, esta imagen mariana se le

apareció al cabrero Pablo Tardío en el monte de Berciana, en donde se levantó una ermita en honor a la virgen. Todos se ponen los trajes de fiesta. Es tradicional subastar las andas de la virgen. Arturo es testigo de esta subasta, de la iglesia sacan a la virgen con un manto de terciopelo bordado y cabezas de angelitos sobre las andas de madera. El alcalde inicia la ceremonia y los seis que más dinero ofrezcan cogen uno de los sitios para llevar a la virgen a hombros hasta la ermita de Berciana. Cuando acaba la subasta comienza la procesión, la virgen delante, detrás el cura revestido con una capa de oro y rezando en latín, detrás el alcalde, el juez, el médico y el maestro, tras estos todos los vecinos con una vela encendida formando dos hileras y por último el resto. Mientras se dice misa en la ermita, la pradera se llena de carros que se instalan para preparar la comida. A Barea esto le recuerda al pasaje de las bodas de Camacho en los capítulos diecinueve al veintiuno de la segunda parte de *El Quijote*.

Y de la fiesta de Méntrida pasamos a Navalcarnero, última parada en las vacaciones de Arturo antes de volver a retomar su vida en Madrid. Navalcarnero está en lo alto de un cerro por el que pasa la carretera que va de Madrid a Extremadura. Es muy distinto a otros pueblos debido a su cercanía con la capital y es cabeza de partido. Hay un gran afán por diferenciar entre señoritos y gentes del pueblo más allá de las vestimentas, pues hay un casino de ricos y otro de pobres. En el casino hay mesas de billar, varios veladores de mármol y mesas con tapete donde se juega a las cartas. Uno de los juegos populares era el monte, el banquero tiene cuatro cartas y cada uno apuesta lo que quiere a una carta, después la primera de las cuatro cartas que sale de la baraja es la que gana. Incluso en la iglesia hay diferencias, los señoritos y sus mujeres se sientan en los bancos y en el resto de la iglesia los demás; quien tiene dinero lleva una silla de paja y quien no se arrodilla sobre las piedras. Seguramente Barea se refiera a la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, que se empezó a construir en torno a 1520 bajo la dirección de Alonso Covarrubias.

En esta época del año el trigo ya está almacenado y las uvas están siendo recogidas para hacer el vino. El vino se hace pisando las uvas en el lagar, un pilón redondo de cemento con un agujero por el que cae el mosto a la cueva. Pero Arturo apunta a que empiezan a aparecer las prensas hidráulicas.

A través de las palabras de su abuela, Arturo recuerda que su padre fue uno de los soldados de Villacampa. En 1886 se produjo en Madrid un pronunciamiento militar de carácter republicano dirigido por el general Villacampa, que fracasó apenas iniciado. Villacampa fue condenado a muerte y posteriormente indultado por la regente María Cristina. En realidad el padre de Barea sí que era sargento dentro del mencionado regimiento, con base en Badajoz, guarnición que ya había intentado el pronunciamiento en 1883. El pronunciamiento del 83 proponía la vuelta a la república tras la coronación de Alfonso XII. El general Martínez Campos se enteró del proyecto y apaciguó dicho levantamiento arrestando a todos los sargentos a quienes se les formó consejo sumarísimo y se les fusiló. El padre de Barea se libró, según relata su madre en el capítulo VIII de la segunda parte de *La ruta*, por quedarse dormido como un tronco.

Después del viaje rural por estas tres localidades, Barea regresa a Madrid para afrontar un nuevo curso. Es ahora cuando el autor nos va a describir su Madrid y los lugares más emblemáticos y relacionados con su infancia, a tiempo que realiza un ejercicio de introspección recordando olores y escenarios que le marcaron. El barrio de sus tíos se extiende por un laberinto de calles antiguas hasta la plaza mayor, entre las dos principales vías como la calle Mayor y la calle Arenal, cerca de la plaza de Isabel II y la plaza de Oriente. Tanto la plaza de Oriente como la plaza de Armas son las dos obras de Narciso Pascual y Colomer, la primera de 1844 y la segunda de 1892. Según el mismo afirma, este dédalo de calles es el que mejor sirve para jugar a “justicia y ladrones” imitando a Joaquín Camargo Gómez (1886-1929) más conocido como el Vivillo, un popular prófugo de la justicia; al “te veo” o al juego de la parva, que consistía en deslizarse por una barandilla. Los chicos de cada barrio tenían su propia ley, y la defendían a pedradas si hacía falta contra los chicos de otros barrios.

Antes de que den comienzo las clases, Arturo y su tío recorren los puestos de la Feria del Libro, que se celebraba todos los años en plaza del Callao, barrio de librerías. Cuando no hay feria, se pasean por las librerías de lance, especializadas en la compraventa de libros de segunda mano. Este comercio de libros usados consistía en comprar un ejemplar por unos diez o quince céntimos y revenderlo a la mitad a las librerías. Blasco Ibañez dijo en una ocasión que en España no se leían libros porque no tenían dinero para comprarlos, así que fundó en Madrid, en la calle de Mesonero Romanos número 42, la editorial Hispano Americana y publicó una colección que tendría mucho éxito, titulada

La novela ilustrada, dónde un libro nuevo costaba treinta y cinco céntimos. Esta colección se creó a finales de 1894 y contó con más de 320 títulos. Era de periodicidad semanal y se encargó de divulgar obras, generalmente de contenido histórico, junto con grandes obras europeas del XIX de autores como Maupassant, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Dickens, Dostoievsky o Turgeniev, entre un público de escasos recursos.

Debido al éxito de Blasco Ibañez, en seguida le imitó la Casa Calleja, editorial fundada por Saturnino Calleja y que llegó a ser la editorial más popular en España, Hispanoamérica y Filipinas, especializándose en el cuento ilustrado y en tratados de pedagogía. En la colección *La novela de hoy* se podían encontrar nombres de autores como Mayne Reid o Salgari y también clásicos españoles del XIX como Palacio Valdés o Villoslada, alternando el folletín con la novela histórica.

En el último tercio del siglo XIX el negocio de la edición experimentó en Barcelona un gran auge con editores como Montaner y Simón, Espasa, Salvat o Sopena beneficiándose del impulso de las artes gráficas y modernistas. Cabe destacar la editorial Sopena, quien realizó una gran labor divulgativa y cultural entre las masas populares atendiendo al mercado con ediciones baratas.

Otra de las formas de entretenimiento de la época era el cine, y el propio Barea nos deja testimonio de esta afición mencionándola en más de una ocasión en *La forja*. El cine Callao que encontramos en la mitad de la Gran Vía fue edificado entre 1926 y 1927, por lo que Barea se está refiriendo a una etapa anterior, siendo este una barraca muy grande de madera y lona, cuyo interior estaba lleno de bancos de madera y había un telón al fondo junto con un “explicador”, hombre que se encargaba de ir explicando la película. Las proyecciones cinematográficas en la capital se iniciaron en mayo de 1896 con cortos como *El regador regado*, *La avenida de los campos Eliseos*, *La salida de la fábrica* y *La llegada del tren a la estación*. A partir de 1898 van surgiendo las primeras barracas y locales populares dedicados a las proyecciones, y no es hasta 1906 cuando empiezan a edificarse cines con mayores pretensiones y con el mismo diseño de los antiguos teatros de variedades, como fue el elegante cine Doré (1912), distribuyendo el vestíbulo con la taquilla, la sala de espera y el patio de butacas con localidades de preferencia, asientos individualizados y localidades de general en bancos corridos. Eran famosas a comienzos del siglo XIX las películas del actor cómico francés André Deed, popularmente conocido

como Toribio; las de flora y fauna de los hermanos Pathé, quienes utilizaron el cine como medio de divulgación científica; también gustaban mucho las películas de carreras de caballos.

Barea nos cuenta también sobre sus experiencias en el Teatro Real. Las noches de función los mendigos solían reunirse en la puerta del teatro intentando ganar algo de dinero mientras que los señoritos acudían a la tertulia en el café. Arturo disfrutaba cuando Titta Ruffo (1877-1953), barítono italiano, cantaba algunas de sus obras, entre las que destacan *el Rigoletto*, *Payasos* o *el Hamlet*. Titta Rufo fue uno de los mejores cantantes de su tiempo, a partir de una educación autodidacta, debutó en 1898 en la Ópera Lohegrín y a partir de ahí se paseó por otras importantes como el Teatro Ópera de Buenos Aires, el Covent Garden, Milán y Lisboa. Otros famosos cantantes de ópera citados por Barea son Massini Pieralli, el tenor navarro Julián Gayarre y la soprano italiana Adelina Patti, quien debutó en Nueva York a los ocho años.

Llegamos al colegio. El colegio de Barea se llamaba la Escuela Pía de San Fernando y estaba situado en un antiguo convento de frailes en la calle de Mesón de Paredes, dirigido por curas dedicados a la enseñanza. En él se reúnen niños pobres y niños de paga, pero a pesar de compartir clase se mantenía la distancia entre unos y otros. Los niños pobres que eran buenos estudiantes y sacaban matriculas recibían a cambio el bachillerato gratuito. porque al colegio le interesa que subiesen la media. A través de las palabras de Barea podemos hacernos una idea de cuan estrictas eran las normas del colegio y la carga de religiosidad que se impartía, pues todos seguían el orden establecido de las filas que representan las categorías sociales:

“Lo primero que se aprende es a estar en fila, en silencio. [...] El puesto adquirido en la fila es un privilegio. [...] Igual se coge un puesto en la fila de la vida y mecánicamente se sigue detrás de los que van delante y delante de los que van detrás sin rebelarse. Pobres de los que intenten ganar puestos”. (*La Forja* 217)

A partir del siglo XIX y durante la primera década del XX comienzan a notarse cada vez más la presencia de las comunidades protestantes en España. Los protestantes realizaron un intento de modernización de la enseñanza frente a los métodos anticuados de los colegios católicos. Destaca la figura de Gumersindo de Azcarate, uno de los

fundadores del Instituto Libre de Enseñanza, o Federico Fliedner quien puso en marcha centros de asistencia, librerías y escuelas entre las que destaca el colegio El porvenir. Mientras tanto, los sectores republicanos y liberales procuraron limitar el control del clero sobre la vida pública. Esto desató numerosos conflictos que llevaron a la quema de conventos y edificios religiosos durante la Semana Trágica de Barcelona en 1909.

Es reincidente la forma de protesta de Arturo contra todos los que intenta presionarle. Cada vez son más las dudas sin respuesta que le atormentan, sobretodo en el tema de la religión y el papel de la iglesia, hasta desembocar en un momento crítico para él, la pérdida de la fe. Arturo se da cuenta de que la Iglesia saca dinero de todas partes, por ejemplo de los cepillos, de los entierros, de las misas de difuntos etc. Por ejemplo, Barea deja testimonio de lo que pasa en el cementerio de Amanuel, el cual pertenece a la Iglesia de San Martín, la parroquia más importante de Madrid durante el Antiguo Régimen. Al estar completo el aforo del cementerio, el Estado acordó cerrarlo y la gente trasladó sus muertos a otros cementerios, los más populares el de San Isidro y el de San Lorenzo. El tío José trabaja en la oficina y se encarga de los traslados. Estos costaban mucho dinero porque había que pagar derechos al Estado, al Ayuntamiento de Madrid, los derechos del cementerio de dónde se saca y los de aquel a donde se lleva, a la parroquia de San Martín, a la parroquia dónde viven los que quieren sacar y cada una de las parroquias por las que pasan los restos además del entierro, el médico forense, y la propiedad de la nueva sepultura. El campo santo de san Lorenzo data de 1851 mientras que la sacramental de San Isidro se construyó en 1811, sobre el entonces llamado cerro de las ánimas y en él descansan personajes ilustres como Leandro Fernández de Moratín, Mesonero Romanos, la Fornarina, Antonio Maura o José Canalejas.

Uno de los capítulos más duros en la vida de Arturo Barea fue la muerte de su tío José, la estabilidad de su vida se vio derrumbada y tuvo que madurar y plantar cara a la vida a pesar de su joven edad. Se aleja de su tía, reniega de la forma de vida de los ricos y de sus limosnas, y así pues abandona la Espuela Pía. Empieza a trabajar como aprendiz en una bisutería cobrando diez pesetas al mes más las propinas, mientras que un empleado solamente ganaba doce pesetas al mes. Tras un altercado con el jefe de la tienda, Arturo deja el trabajo y vuelve con su tía Baldomera, pero ya no como el niño que se fue sino siendo un hombre.

En esta nueva etapa, Barea decide presentarse a las oposiciones para entrar a trabajar en el banco. Para prepararse los exámenes acude a clases de comercio y taquigrafía. A pesar de todo se siente infeliz, no pertenece al mundo de los ricos pero tampoco al de los pobres, al igual que no es un niño ni tampoco un hombre. Encuentra en la construcción de maquetas de barcos de vapor una salida a sus problemas. Los domingos por la mañana baja al Rastro en busca de piezas, allí se siente feliz porque como él dice “es un museo inmenso de cosas y de gentes absurdas”. Durante el siglo XVII, el Rastro fue, según dice el Diccionario de Autoridades, “el lugar público donde se matan las reses para el abasto del pueblo”. Junto al matadero se agrupaban las tenerías para el tratamiento de las pieles, pero el arranque de la actividad comercial hay que situarlo en el XIX donde la compraventa de objetos usados siempre fue una de las características más cotizadas del Rastro. Otro de los lugares donde le gusta ir para desinhibirse es al Parque del Oeste en Moncloa. Antes de convertirse en parque por orden del alcalde Alberto Aguilera a comienzos del XX, fue el principal vertedero de basuras de la ciudad. Años después se instaló allí el Templo de Debod, regalo del gobierno egipcio en 1968 en reconocimiento de la ayuda recibida para salvar los templos de la región de Nubia.

Finalmente Barea aprueba la oposición y empieza a trabajar el 1 de agosto de 1911 en el Crédit Lyonnais, aunque en la novela lo llame Crédit Étranger. Este banco francés, fundado por M. Germain y situado en la Plaza Canalejas, inauguró en España el concepto de banca moderna. Otros de los bancos afamados son el Banco Urquijo creado en 1870, el Banco Hispano y el Banco Bilbao y Vizcaya, los dos de 1901. Barea entra como meritorio, ya que en el banco se entraba un año como meritorio y después de ese año se optaba a un empleo de plaza fija. En el caso de Arturo sólo tres de los sesenta meritorios tendrían trabajo al cabo del año. A través de las palabras de uno de los personajes, Barea pone de manifiesto lo que vendría a ser “la explotación sistemática del chico”, ya que estos chicos que entran a trabajar como meritorios no tienen sueldo, o es muy bajo, y quitan el trabajo a los hombres. Además pueden ser despedidos con gran facilidad y para optar a otro trabajo en otro banco deberán empezar de cero. Por suerte, Barea es nombrado empleado con un sueldo de veinticinco pesetas al mes.

Su trabajo consiste en clasificar la correspondencia, lo que hace que se sienta desilusionado porque él pensaba que tendría que realizar cálculos o utilizar máquinas de escribir como la Underwood o la Yost. La máquina de escribir Yost de la empresa

neoyorkina Yost Writing Machine Company fue muy popular al igual que el modelo Underwood 5 del germano americano Franz Wagner.

En su trabajo empieza a tener contacto con otros trabajadores, algunos de ellos afiliados a la UGT. Fue en 1888 en Barcelona donde se creó la primera Organización Nacional de Sociedades Obreras con el fin de defender los intereses de los asalariados frente a los abusos de la patronal. Se organizó por oficios y por federaciones provinciales, los que contaban con menor número de afiliados se recogían en “Oficios Varios” como, por ejemplo, es el caso de los trabajadores de la banca como Barea. Fue Pablo Iglesias, uno de los cofundadores, el que propuso llamar a esta asociación Unión General de Trabajadores de España y en 1910 contaba con casi 50.000 afiliados. Para contrarrestar la naciente fuerza de la UGT, los patronos crean la Sociedad Católica pero sin mucho éxito. Además, los afiliados a la UGT tienen la posibilidad de ser socios también de la Sociedad de Asistencia Médica llamada Mutualidad Obrera, la cual cuenta con médicos, botica, sanatorio, socorro por si enfermabas y perdías el jornal, etc.

Durante esta época eran habituales los conflictos entre los líderes políticos como Maura, Pablo Iglesias o Lerroux. Antonio Maura (1853-1925), político conservador fue ministro de Ultramar y de Gracia y Justicia, después formó parte de la Gobernación de 1903 durante el gobierno de Silvela. Por otro lado, Alejandro Lerroux (1864-1947) director del diario *El País* encabezó una sonada protesta nacional contra la Guerra de Cuba y la represión en Cataluña durante la Semana Trágica, en 1907 fundó el Partido Radical, en 1917 es exiliado y durante la II República dirigió la oposición.

Barea nos pone ejemplos de otros empleos. A través del nuevo empleo de su hermano Rafael, Barea nos cuenta cómo funcionaba la empresa de seguros Fénix Agrícola. En esta sociedad de seguros agrícolas dónde estaba asegurados todo el ganado de España, con sede en Madrid, se creó en 1901 para defender a los agricultores de la muerte, destrucción, robo, hurto o extravío del ganado, y también cubría el incendio de cosechas. Por otro lado, el Continental Expres, creado en 1890 y fundada por García Castellote, se encargaba de la paquetería expres, donde los chicos realizaban portes o llevaban mensajes urgentes a los domicilios a cambio de propinas. Cada vez era más habitual ver mujeres en puestos de trabajo antes ocupados por hombres, ya que a ellas se las pagaban salarios más pequeños por el mismo trabajo.

En conclusión, Barea se va dando cuenta de la ilegalidad existente en la vida laboral y cómo los patronos se aprovechan de los obreros. Con motivo del tenso clima que se vivía entonces debido a la situación laboral, el primero de mayo se celebra la fiesta del trabajador y los obreros celebran manifestaciones por la ciudad. Fue hacia 1886 en los EEUU, concretamente en Chicago, en donde se creó la fiesta reivindicativa del 1 de mayo, después de tensiones y convulsas manifestaciones se logró una serie de reivindicaciones importantes. En España fue la UGT la que puso en marcha este día de apoyo a las peticiones obreras en 1890.

Con esta clara desilusión y frustración Arturo decide abandonar su puesto de trabajo en el banco y se refugia en los brazos de su madre. Así es como el autor pone punto y final a esta primera parte de *La forja de un rebelde*.

CONCLUSIÓN

Para finalizar, gracias a este trabajo hemos podido viajar al Madrid de la primera mitad del siglo XX, tanto desde el punto de vista de la burguesía como desde la visión del barrio obrero. Hemos recorrido junto al autor los lugares más icónicos de la capital así como los pueblos de su infancia. Ejemplos de ello son los juegos de su infancia, su vida en el colegio, los lugares dónde iban a pasar sus ratos de ocio, la fuerte repercusión de la iglesia en la vida de los españoles y cómo el movimiento obrero se agrupa para protestar contra las injusticias de los patrones. Bajo su propia figura, el autor nos relata la vida de un niño que tiene que sobrevivir en un mundo de desigualdad e intereses sin encontrar su lugar ni entre los ricos ni los pobres.

Gracias a Barea y a la lectura de su obra nos hemos ido forjando y creciendo a la par que el protagonista, es por ello una obra que no me deja indiferente. El afán de protesta así como el sentimiento de nostalgia que presenta el texto también es innegable, y son características comunes a las que también se ven reflejadas en los autores exiliados. La forma en la que Barea aúna los tres componentes principales de la obra (crónica histórica, novela y autobiografía) es magnífica y hace que sea una de las grandes obras del exilio español.

BIBLIOGRAFÍA

Alborg, Juan Luis. “Arturo Barea”, en *Hora actual de la novela española*. Madrid, Taurus, 1968, vol II, 215-216

Altisent, Marta E., “Autobiografía, testimonio y propaganda en la ficción de Arturo Barea”, *Las literaturas del exilio republicano 1939. Actas del II Congreso Internacional*. Bellaterra, 1999. Barcelona, GEXEL, vol II, 147-159.

Barea, Arturo. *La forja de un rebelde I La forja*. Edición de Gregorio Torres Nebrera. Mérida, Editorial Regional de Extremadura, 2009 [Serie Rescate].

Barea, Arturo, *La forja de un rebelde*. Prólogo de Luis Antonio de Villena “Biblioteca El Mundo de las mejores novelas españolas del siglo XX”, Barcelona, Bibliotex S.L, vol I, 5-7.

Barea, Arturo, *Palabras recobradas: textos inéditos*, edición e introducción de Nigel Townson, Madrid, Debate, 2000, 13- 32.

Bertrand de Muñoz, Maryse, “Historia y ficción, historia y discurso: doble dualismo. Análisis narratológico de tres novelas de la Guerra Civil española”, Universidad de Montreal, 1992, Centro Virtual Cervantes. http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/11/aih_11_1_024.pdf (21/06/2017)

Guzmán Mora, Jesús, y Javier Sánchez Zapatero. “Guerra, compromiso y amor: de *La llama* de Arturo Barea a *La noche de los tiempos* de Antonio Muñoz Molina”, *Estudios Humanísticos, Filología* 37 (2015): 139-160.

Herrera de la Muela, Teresa, “Un plato demasiado crudo: epistemología y guerra en *La forja de un rebelde* de Arturo Barea”, Allegheny College, 2014, Cuadernos de Aldeeu. <http://aldeeu.org/cuadernos/index.php/CALDEEEU/article/view/56/47>

Serrano Asenjo, Enrique, “Espacios entre espacios en *La forja*: una cartografía íntima de Arturo Barea”. *Hispanic Review*, 83.3 (2015): 337-355.